

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

23/2020

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Serna, Justo y Analet Pons, *Microhistoria. Las narraciones de Carlo
Ginzburg*, Granada, Comares, 2019
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 809-812



Universidad
de Navarra

RECENSIONES

Serna, Justo y Anacleto Pons, *Microhistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*, Granada, Comares, 2019. 173p. ISBN: 9788490457887. 20'00€ 

Sumario. Agradecimientos. Prólogo. La euforia de la ignorancia. 1. El rompecabezas. 2. El punto de partida: *El queso y los gusanos*. 3. El género de Carlo Ginzburg. 4. La disposición de la trama. 5. Contra el escepticismo. 6. Cómo se escribe la microhistoria. 7. Al final todo se mueve más rápido. Carlo Ginzburg en persona. Referencias bibliográficas.

¿Dónde radican las razones de la fama historiográfica? ¿Qué elementos confluyen para que una obra histórica alcance el favor de los lectores y la alabanza de la profesión? Siguiendo a Kuhn, ¿en qué se fundamenta un paradigma particular, es decir, la concreción de un paradigma historiográfico? Todas estas preguntas subyacen al análisis de una obra, *El queso y los gusanos* (1976) de Carlo Ginzburg, convertida en ese paradigma particular del paradigma microhistórico en un tiempo sin paradigmas dominantes. Pero más allá de algo tan concreto como una obra histórica, este libro de los profesores Serna y Pons, bien conocidos por sus libros y reflexiones sobre la historia cultural, o con mayor precisión, sobre la nueva historia cultural, ahonda en un tema que ya abordaron de forma algo más genérica hace unos años, al publicar *Cómo se escribe la microhistoria* (2000). De aquel interesante y revelador análisis inicial, reflejado en parte en el capítulo 6 de este libro, de igual título, han pasado ahora a la reflexión sobre el ejemplo más señero y vigente, el más conocido y popular de una forma de abordar la historia que comenzó a jugar con la escala para seguir profundizando en el análisis del pasado. Para ello, se proponen «observar el contexto del que depende esa investigación y verificar la presencia del autor y la instancia narrativa que da vida al personaje» (p. 15). Y lo hacen tomando partido decidido por esta forma de análisis y por su autor, cuyos argumentos exponen, buscan comprender y, en buena medida, comparten. Tal vez la pregunta sea, a día de hoy, si la microhistoria mantiene su interés en un contexto historiográfico en el que la apuesta se dirige, decididamente, hacia la historia global. Y a esta cuestión responden los autores, siguiendo al propio Ginzburg, afirmando su utilidad histórica y social, la persistencia de una obra duradera por cómo se resolvió el tema abordado, y por cómo se organizó el relato.

En el trasfondo de ello, como confiesan en el prólogo, está el interés por el presente, la necesidad de comprender lo que nos ocupa en la actualidad mediante el contraste con la experiencia humana acumulada en el tiempo. La microhistoria, surgida «de una profunda crisis de las ideologías, de una crisis de la razón y de los metarrelatos, manifiesta ya a finales de los años setenta. Pues bien, la vitalidad de la corriente se explicaría ahora por la persistencia de la situación histórica que condujo a aquella crisis» (p. 6). De ahí la importancia de un contexto que es fundamental para comprender el objeto histórico al que Ginzburg se dirige pero, a la vez, para comprender al historiador que comparte condición de víctima: judío, izquierdista, de familia perseguida, lo que confiere a su relato un punto de cercanía emocional, lo que se refuerza por las tres entrevistas incluidas en el libro (pp. 137-164), fundamentalmente historiográficas, pero por ello

RECENSIONES

mismo también reveladoras de las bases sobre las que se levanta su obra histórica y su imagen del historiador, como cuando recomendaba a un aprendiz del oficio «la lectura de novelas, de muchísimas novelas: como enriquecimiento cognitivo y como nutriente de la imaginación moral» (p. 141). O al vincular la microhistoria con el neorealismo cinematográfico: «se puede releer la literatura a la luz del cine, pero también se puede escribir la historia como si se tratara de una secuencia resultado del montaje» (p. 148).

Y además la preocupación o el interés por la propia disciplina, la historia, siempre tan necesitada de que los propios historiadores reflexionen sobre ella, sea a través de metáforas (puzle, restauración de arte), sea a través de una mirada crítica sobre el trabajo de los historiadores, una especie de asuntos internos (tomando el modelo de las películas policíacas) de la profesión.

Pero, más allá de un objeto concreto de análisis, en este caso un libro, se plantean de fondo otros muchos temas, como la narración, lo literario en historia y la transmisión eficaz de lo ocurrido, el recurso a la retórica de y en el historiador, la interpretación, lo individual y lo colectivo como parámetros de análisis, la verdad histórica y las pruebas e indicios para fundamentarla, el acontecimiento y la síntesis, las regularidades en el pasado, la generalización de lo analizado, trascendiendo lo episódico... En definitiva, se preguntan por la disciplina desde el ángulo que ofrece un libro y una mirada concreta. Y tal vez por ello, y porque difícilmente casaría otra forma de análisis, el resultado que ofrecen estas páginas es una historización desde la historia cultural —entendida como contextualización en el tiempo de las formas en que el historiador lee el pasado— de un libro, *El queso y los gusanos*, y de su autor, Carlos Ginzburg, lo que lleva a sus autores a reflexionar sobre el conjunto de su obra y sus referentes para comprender mejor qué hay detrás de una forma de hacer historia, micro, cuya popularidad hizo replantear muchas cosas en la forma de escribir sobre el pasado, desde la estética y la retórica de la escritura histórica, la ya mencionada escala, a la centralidad de las fuentes y su relevancia en el oficio del historiador. Esos indicios que, mediante la exposición de las tesis del libro *Mitos, emblemas, indicios* (1989) fueron el objeto, probablemente, de la primera de las clases sobre la historia y su teoría, que el autor de esta reseña dio en la universidad.

Y son esos indicios los que recorren este libro, desde los referentes fundamentalmente literarios de un Ginzburg letraherido desde la cuna por el proceso creativo y editorial de sus ascendientes, como de las conexiones historiográficas e históricas del tiempo en que escribe, e incluso de los contramodelos a los que se enfrenta, especialmente el escepticismo. Con todo ello se va conformando el rompecabezas al que los autores se refieren en el primero de los capítulos. En él se encuentran la edición, sus intenciones, formatos físicos e intelectuales, su inclusión en una colección concreta, con un interesante capítulo sobre el Giulio Einaudi editor de *El queso y los gusanos*, donde se analiza también su edición española. Pero evidentemente se analiza también el contenido del libro, no tanto del tema concreto (Menocchio y sus vicisitudes), sino de cómo se expone y concibe, en lo formal y lo conceptual, un tema histórico abordado desde la cercanía de una lente de aumento, y dirigido por unos recursos retóricos que tanto lo acercan a la literatura sin pretender serlo. Además, analizan el trasfondo historiográfico sobre el que se construye una forma novedosa de afrontar el pasado, pero que no ha roto con todas las tradiciones previas o coetáneas: por ejemplo, con *Annales*, el gran

RECENSIONES

referente todavía a mediados de los años setenta, pero ya claramente criticado en algunos aspectos, como la historia de las mentalidades; o la historia desde abajo de los británicos, tan cercana a la cultura popular, valorada y apreciada por su capacidad para comprender a los grupos sociales menos privilegiados, y con tan evidentes conexiones con la obra de Gramsci; también la historia de la lectura en la que Chartier y Eco tanto influyeron, representada por un lector extravagante como Menocchio, cuya interacción con sus lecturas forma parte central del análisis de Ginzburg, al fijarse en el modo en que este lector concreto recibe los textos y los interpreta a su modo.

Pero, tal vez, uno de los aspectos centrales es la descripción del combate contra las posiciones escépticas, contra una reducción absoluta de la escritura histórica al componente narrativo, como recogen en el capítulo 5, y que focaliza en Foucault, White, Barthes, pero principalmente en el norteamericano. Y lo hace a partir de Arnaldo Momigliano, del que toma muchos de sus argumentos. Y esta lucha es tanto más destacada cuanto que Ginzburg afirma el valor y la importancia de los componentes narrativos en el trabajo del historiador, como afirmaba en una entrevista: «Toda elección narrativa, consciente o inconsciente, tiene consecuencias en el plano cognitivo. Cambian los historiadores, cambian las preguntas que hacen a los documentos y cambia (a menudo, pero no siempre) la documentación disponible. Y cambian los resultados (las narraciones históricas)» (p. 58). La gran diferencia con las posturas escépticas es que Ginzburg sí cree que puede llegarse al principio de realidad y aspira a la posibilidad de conocer, y de conocer la verdad, aun siendo consciente de los sesgos, contextos e influencias que afectan al historiador. Por eso distingue entre la prueba verificable y la probabilidad, lo verosímil, dos realidades con las que trabaja el historiador, y recupera la propia noción de prueba, y la aplica a la microhistoria como uno de sus grandes aportes contra el escepticismo: «observemos la existencia de múltiples voces, mostremos incluso la pugna por representar la realidad. De ese modo, escarbando en los textos, incluso contra la intención de quienes los produjeron, uno puede hacer emerger voces incontroladas» (p. 132).

En definitiva, un libro próximo al ensayo, muy cercano al modelo de aquellos que editó Einaudi en la colección en la que apareció publicado *El queso y los gusanos*, y que, en este caso, aparece en una colección de historia general también caracterizada por su trayectoria puramente histórica. Bien pudiera aplicarse al objeto de este libro la expresión de Edoardo Grendi: lo excepcional normal, al tratarse el de Ginzburg de un libro poco frecuente, pero revelador, cuyo mayor interés está en el análisis de las fuentes e inspiraciones del autor de uno de los libros icónicos de las últimas décadas. O incluso lo que el propio Ginzburg señala, al considerar que «la anomalía es más rica que la regla, ya que la incluye. La norma no puede incluir todas las anomalías, todas las transgresiones; en cambio, toda anomalía incluye por definición la norma. Así pues, la anomalía tiene una riqueza cognitiva de la que conviene partir» (p. 153). ¿Es el libro de Ginzburg una anomalía? Y la respuesta probablemente sea afirmativa, porque contiene la norma, pero la transgrede, la enriquece, le da mayor alcance y, probablemente, acaba convirtiéndolo lo que en 1976 fue anomalía, en la norma actual.

El libro comentado trata de recoger la riqueza de una obra que sobrevive hoy mostrando el erudito trasfondo sobre el que se construyó y la interpretación que los lectores le han ido aplicando, entre ellos, los profesores Serna y Pons. Tal vez se pudiera

RECENSIONES

aplicar otro de los sintagmas icónicos del tiempo en que apareció *El queso y los gusanos*, el de la descripción densa de Geertz, pues buena parte del carácter de *Microhistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*, es el de profundizar en los fundamentos intelectuales e historiográficos sobre los cuales se elaboró un clásico, el paradigma particular de un tiempo sin paradigmas.

Justo Serna y Analet Pons son catedráticos de historia contemporánea en la Universidad de Valencia, donde han prestado atención preferente a cuestiones historiográficas y de historia cultural. Entre sus publicaciones conjuntas destacan *La ciudad extensa* (1992), *Diario de un burgués* (2006), *Trenor. La Exposición de una gran familia burguesa* (2009), *Los triunfos del burgués* (2011) o *La historia cultural* (2013). Por separado, Justo Serna ha publicado *Pasados ejemplares. Historia y narración en Antonio Muñoz Molina* (2004), *La imaginación histórica. Ensayos sobre novelistas españoles contemporáneos* (2012). Analet Pons es autor de *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas* (2013).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra